SUEÑO DE UN PASEANTE SOLITARIO

Madrid, julio de 1934.

ESTA TARDE me parece haberme dormido un poco, mientras capeaba el calor en un banco del Retiro. 57 grados, nada menos. Sobre el banco, a mi lado, dos libros de poesías que representan dos extremos: un tomo con Los Milagros de la Virgen, de Berceo, y La Amante, de Rafael Alberti. Desde el alejandrino imperfecto, en cuaderna vía, del siglo XIII hasta el micropoema de hoy, gracioso, modernísimo. Pero, ¿es que se pueden leer versos bajo este sol implacable de Castilla? Sí, se puede, y más aun, puede uno sentirse dentro de una atmósfera de poesía.

Estoy en esa hora de transición en que no es día ni es noche, esa hora como los 18 años nuestros, en que no somos niños ni somos hombres. Los chicos empiezan a abandonar el Retiro y los amantes a llegar, en busca de la sombra propicia, pero ¡ay! tan breve. Porque las autoridades municipales de Madrid son como las de todas las ciudades del mundo. Creen de muy buena fe que los parques les pertenecen y llegan por ese camino a fijar horas a los visitantes. No saben, no quieren entender que si algún dueño tienen los parques públicos, son los amantes. Y nadie más. Las parejas, van, pues, en busca de los corredores sombríos, entre los altos árboles, por los caminos de tierra ya empapada de sol. Pasan y pasan ante mí y mis dos extraños compañeros: el poeta-sacerdote don Gonzalo de Berceo y el poeta-comunista, camarada Rafael Alberti. Yo a veces las miro, a veces cierro los ojos. He de cerrarlos muy a menudo, pues de pronto, al reabrirlos, noto que no he reparado en un hombre que ha venido a sentarse en mi banco, junto a mí, sin que nos separe otra frontera que los dos libros de poesías.

Es un ser muy curioso que le hace a uno preguntarse si quedan todavía en el mundo ejemplares de la do junto a un fantasma. Una gran melena crespa, negra, que me parece haber visto antes; dos ojos amplios, sombreados de morado. Debajo de los ojos una nariz recta y hermosa; debajo de la nariz un bigotillo negro, en puntas, la boca y una barbilla diminuta, en punta también, de mosquetero o de poeta tipo 1830. Y después la corbata, es decir, una ancha cinta de seda negra anudada con descuido.

El extraño personaje se acaricia los cabellos con una mano pálida de dedos afilados y uñas no muy limpias, y me dice, con voz cortés:

—¿Usted permite?

—Sí, sí. Está muy bien.

Y nos quedamos embarazadamente silenciosos.

Yo pienso, busco, abro y cierro los cajones de mi memoria, investigando. Este rostro no me es desconocido. Daría una mano por saber... Y, de pronto el hombre acude y acude con tanta violencia que no puede refrenarse en la cabeza y salta por la boca, atrevido, impetuoso:

—¡¡¡Bécquer!!!

—¿Me hablaba?, pregunta cortesmente mi vecino.

—¡Cómo!, exclamó. Pero es usted...?

—Sí, yo mismo.

—Oh...!

Y mis lectores deben excusar que toda mi admiración se concentre en ese ¡Oh! y que todo mi asombro termine con él. Ya he dicho que es posible, aun bajo el duro sol de Castilla, vivir en medio de una atmósfera de poesía. Podríamos toparnos a la vuelta de una esquina con Garcilaso o Ronsard, sin asombrarnos más).

—¿Le gusta a usted el Retiro, señor Bécquer? pregunto imbécilmente, sin que se me ocurra otra cosa.

—No me diga señor; llámeme Gustavo Adolfo.

—Decía si le gusta el Retiro... don Gustavo Adolfo.

—Vamos, vamos, dice Bécquer con una energía increíble en él que tan dulce y afable era. —Se está poniendo usted majadero. Suprima el don.

—Bien... Gustavo Adolfo, digo con cierta timidez. Le pregunto (por tercera vez), si le agrada este parque.

—Sí, es muy hermoso. Pero yo no busco como usted el lugar menos caluroso ni tampoco, como esos, (señala las parejas), la obscuridad cómplice. Me es grato pasear entre los árboles, bajo este hermoso cielo castellano, que yo tanto amé.

—Habla usted en pretérito...

—¡Qué quiere! Por algo soy un muerto.

—¿Un muerto?

—Claro, hombre. ¿No ha leído usted mis biografías?

—Sí, Sí Bécquer. Muchas veces. Sólo que no me negará usted que es un poco extraño que un vivo como yo, tenga la dicha de estar conversando con... un muerto.

—Le explicaré. En el subcielo...

—¿El subcielo...?, le interrumpo.

—El subcielo, me contesta Gustavo Adolfo espantándose una mosca irreverente que se ha posado en su noble barbilla, es un lugar delicioso del Paraíso, donde Dios manda a los poetas. No es, naturalmente, como el paraíso de los ángeles, los arcángeles y los santos. Está un poco más abajo. Pero allí vivimos nosotros los poetas en agradable armonía...

—Es extraño, tratándose de literatos..., me atrevo a decir.

Por Luis Enrique Délano

—Sí, como usted quiera. No digo yo que estemos absolutamente unidos. Pero las rencillas tan frecuentes en la tierra, allá están notablemente reducidas. Y en cambio, las amistades, no muy firmes aquí, allá son estrechísimas. Si viera usted pasear del brazo a Edgar Poe con Baudelaire. ¡Qué buenos amigos son..! Pero usted me ha alejado de lo que quería decirle, joven. En el subcielo se está maravillosamente bien. Sin embargo, nunca uno deja de tener ciertos deseos de visitar estos lugares. Y, justamente, a los que más nos gusta venir, somos precisamente los que más sufrimos cuando éramos habitantes de la tierra. Así, Rubén, por ejemplo...

—¿Pero está en el subcielo Rubén Darío?, pregunto. ¡Y con lo pagano que era!

—Es que, le diré en privado, que yo he llegado a creer que Dios juzga a los poetas no según su vida privada, sino conforme a sus méritos literarios. Pero de esto, joven, me va a guardar el secreto. No sea cosa que lo sepan los poetas y entonces se entreguen absolutamente seguros a la mala vida. ¿Me lo promete?

—Prometido.

—Bien. Pero, ¿no quiere que demos una vuelta por aquí? Está refrescando.

Nos levantamos y echamos a andar por un camino. De pronto, de detrás de un árbol surge precipitadamente una pareja y se aleja, delante de nosotros con rapidez excesiva. Nos cruzamos con otras y no es extraño que los amantes nos miren torvamente al curioso personaje que me acompaña y a mí, por interrumpirles sus secretos diálogos.

—¡Oh los amores terrenales! dice Bécquer con esa melancolía tan suya y que tanto le conocemos a través de sus rimas.

Hay en sus palabras un dejo entre desdeñoso y nostálgico. Yo respeto esa emoción y permanezco callado. De repente, junto a nosotros corta el aire una golondrina que va a perderse entre las obscuras ramas de un árbol. Al fin, pienso, tengo un pretexto para decirle algo que no sea trivial a Gustavo Adolfo Bécquer. Hasta ahora no he hablado sino boberías.

—¿Vió usted la golondrina, mi querido poeta?

—Sí, la vi. Pero esta golondrina no es como las mías.

—¿Por qué?

—Pues... porque esas no volverán...

—Muy gracioso Gustavo Adolfo...

—¡Cómo! ¿Qué le encuentra usted de gracioso?, pregunta un poco amostazado.

—Nada, la alusión. Y... ¿sabe usted que a esa rima suya le han puesto música en America? Yo conozco dos a tres versiones diferentes. ¿Quiere que se las silbe?

Me dispongo a silbarle Las Golondrinas, pero su ilustre autor me interrumpe con un gesto bastante serio.

—Por favor. Conozco muy bien esa musiquita. Demasiadas molestias me ha traído.

—¿Molestias? ¡Es posible!

—Sí, sí. Parece que en América suelen tocarla en las broadcastings. En días pasados la escuchamos por radio, en el subcielo. Ay, la musiquita esa, tan horriblemente cursi, cayó muy mal entre mis compañeros. Si viera usted cómo se reía de mí ése fresco de François Villon. El cínico de Quevedo improvisó, a propósito de las golondrinas musicadas una cuarteta bastante mala...

—¿Sí? ¿Por qué no me la recita usted?

—No, no. ¡De ninguna manera!

—Pero, mi admirado poeta, si yo se lo pido es para execrar más a Quevedo, que nunca me ha gustado mucho.

—Si es así, óigala y después olvídela... Pero, dígame, no se me había ocurrido antes, ¿es usted periodista?

—No, no, Gustavo Adolfo por Dios! Soy agricultor. No tengo nada que ver con los periódicos.

—Entonces oiga la humillante cuarteta. La improvisó Quevedo delante de gente de mucha importancia y casi todos se echaron a reír. Imagínese que estaban presentes el Dante, Goethe y Shakespeare, entre otros.

—Oh! Eso es grave.

—Sí, muy grave. Quevedo dijo:

Ya tenemos dos primores
Oh, poetas inmortales:
Letras de todos colores
Y pájaros musicales.

—Ja, ja, ja...! Muy divertido.

—¿Le encuentra usted gracia a eso?

Ninguna, Gustavo Adolfo, ninguna...

—Menos mal que no fuí yo el único afectado. También algo le tocó a Rimbaud.

—¿A Jean Arthur Rimbaud?

—Creo que ese es su nombre. Un francés, cojo, ¿sabe?, y de muy mal carácter.

—Pero, realmente, no veo en qué le afecte la cuarteta.

—¡Cómo! ¿No recuerda el Soneto de las Vocales, en que a cada una Rimbaud le atribuía un color? Pues a ese se refiere el verso: Letras de todos colores.

—Sí, sí, ya caigo. Qué gracia tiene Quevedo.

Gustavo Adolfo Bécquer permanece silencioso, melancólico, acaso un poco molesto porque un cualquiera, un hombre encontrado por casualidad en un parque público, hace complicidad con Quevedo para burlarse de él. Cómo decirle que no se ofenda, que no tiene él la culpa de que le hayan dado música mala a sus inmortales golondrinas; y que Villon y Quevedo deberían haber pensado en eso. Cruza por el aire un pájaro, rápido como una saeta. Ganas me vienen de decir en voz alta aquello de: Saeta que voladora..., pero pienso que acaso Gustavo Adolfo, el hombre, amargo sin ser amargado, pueda encontrar un nuevo motivo de pena, y me callo. Las avenidas del Retiro van quedando atrás.

—Y diga, usted, Bécquer, hablando de Rimbaud, ¿cómo se porta?

—Es violento. Yo estaba presente cuando Paul Verlaine llegó al subcielo y se encontraron. Verlaine venía pálido, con un verdoso color de ajenjo. Rimbaud lo trató mal, sin dudas, con mucha dureza. Me fuí al Africa para no verte más, le gritó— y he aquí que hoy apareces donde yo estoy. A Verlaine se le cayeron las lágrimas. ¡Pobre viejo!

La noche va cayendo sobre el Retiro, con grandes alas de pájaro silencioso. Las parejas que suelen verse están cada vez más unidas. Gustavo Adolfo Bécquer, en ese marco de sombra melancólica de verano, está muy interesante. A veces lo miro y noto que se esfuma su perfil hu-

mano. Entonces parece verdaderamente lo que es: un muerto, un hermoso muerto en visita.

—Debo irme, me dice. Tenemos esta noche una comida muy española: Espronceda, Góngora, Calderón y Lope, el Fénix de los Ingenios. Me ha agradado su compañía, joven. ¿Viene a menudo por aquí? Pueda ser que otra vez nos encontremos.

—Encantado, don Gustavo Adolfo. Celebro mucho haberlo conocido.

—Adiós, amigo. Pero suprima el don, por favor...

Estábamos frente al monumento— si es que así puede llamarse— de don Ramón de Campoamor. Iba a pedirle a Bécquer su opinión sobre esa estatua, que encuentro horrorosa, y alguna noticia sobre el autor de las Doloras. Pero mientras me volvía a mirar a una joven que cruzó, Gustavo Adolfo había desaparecido tan silenciosamente como llegara.